

VENEZOLANAS QUE ESCRIBEN POLICIALES

Gioconda Espina¹
giespina@gmail.com

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Fecha de recepción: 18 de febrero de 2013

Fecha de aceptación: 24 de julio de 2013

RESUMEN

Hasta hace poco Venezuela no podía exhibir una lista de autores policiales, sólo había buenos cronistas policiales, periodistas o ex policías. Ya en este siglo Francisco Suniaga y Ana Teresa Torres incursionaron en el género negro, pero sin dedicarse exclusivamente a él. A fines del 2012 apareció una colección con nueve novelistas policiales, cinco hombres y cuatro mujeres. La misma editorial publicó en otro formato a la quinta mujer. Aquí analizamos las cinco novelas escritas por mujeres, esperando que alguna haga del género su pasión y escriba muchas historias más, pues en todos los casos se trata de su primer policial.

Palabras claves: género negro, escritoras venezolanas

ABSTRACT

Until recently, Venezuela could not display a list of writers of detective novels. Only had good police chroniclers, journalists and ex policemen. Already this century, Francisco Suniaga and Ana Teresa Torres incursion into black gender but without engaging only to it. At the end of 2012 appeared a collection with nine police novelists, five men and four women. The same publisher issued, in another format, the fifth woman. Here we analyze the five novels written by women, hoping that some of them make of this gender their passion and write many other stories, because in all cases it is their first crime novel.

Keywords: black gender, Venezuelan women writers

1 Coordinadora de la asignatura Mujeres, literatura, artes y otros lenguajes 1 y 2 (2012-2013) en el AEM, FACES, UCV

Encuentro en el *Diario de una neurótica de fin de siglo*, que publiqué por entregas en giocondaespina.com.ve en 2007, esta entrada del 4 de noviembre de 1989, cuando en año sabático fui investigadora visitante de *El Colegio de México*:

he estado leyendo a escritoras policiales mexicanas: Malú Huacuja (**Crímen sin errores de ortografía**, 1986), Ana María Maqueo (**Crimen de color oscuro**, 1987, y Amelia Palomino, 1989) y María Elvira Bermúdez (**Muerte a la zaga**). Maqueo es profesora de lingüística de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. ¿Por qué no habrá mujeres que escriban policiales en Venezuela? También son pocos los hombres que han escrito policiales, pero no recuerdo a una sola mujer que lo haya hecho (www.giocondaespina.com.ve en 2007).

Creo que la situación seguía siendo más o menos la misma hasta que apareció la colección *Vértigo*, de Ediciones B, Caracas, en 2012 - 2013 en la cual publicaron Inés Muñoz Aguirre, María Isolieta Iglesias, Valentina Saa Carbonell y Mónica Montañez (quien además dirige la colección), junto con Eduardo Sánchez Rugeles, Eloy Yagüe, José Pulido, José Manuel Peláez y Wilmer Poleo Zerpa. La misma editorial publicó en otro formato otra novela policial: *Sábanas negras*, de Sonia Chocrón.

Hasta que apareció *Vértigo* (¡honor y gloria a Hitchcock!) contábamos con al menos tres cronistas policiales: Fermín Mármol León, Marcos Tarre y más recientemente Ibéyise Pacheco (*Sangre en el diván* y *El grito silencioso*), pero no con hombres ni mujeres novelistas policiales tipo Arthur Conan Doyle, Agatha Christie, John Le Carré, Maurice Leblanc, Simenon, Dashiell Hammett o Andrea Camilleri. O como sus sucesores y contemporáneos, especialmente los escritores que hacen guiones policiales para cine y TV.

Es cierto que habíamos leído tramas que partían de muertes sospechosas cuyas razones y autoría no se resuelven al final, como la muerte del alemán de *La otra isla*, de Francisco Suniaga; o la del joven que cae de un balcón en Caracas, en *El corazón del otro*, de Ana Teresa Torres. Esas muertes «en extrañas circunstancias» que no se resuelven al final, son más del estilo de Roberto Piglia, el ganador del premio Rómulo Gallegos, con *Blanco nocturno*. Uno de los autores de la colección *Vértigo*, Eloy Yagüe, dijo en octubre de 2011, en el *Festival Santiago Negro* (Chile), que había cada vez más «intentos» en Venezuela, aunque todavía no se podía hablar de un movimiento o tendencia en ese campo de la literatura venezolana.

Su lista incluía, además de A.T. Torres y F. Suniaga a Fedosy Santaella, Luis Medina, Roberto Echeto, Alexis Rosas, Carlos Noguera, Humberto Mata, Héctor Bujanda, Norberto Olivari, Pablo Cormenzana, Sergio Dahbar, Sebastián de la Nuez, Pedro Hernández, Víctor Amram, Eduardo Liendo, José Roberto Duque, José Pulido y Hugo Prieto. Ninguna mujer, como podemos ver. Cuando ya habían salido los primeros números de *Vértigo*, Luz Marina Rivas me informó de otra nueva novela policial escrita por Adriana Villanueva: *El móvil del delito*.

La lista del 2011 de Yagüe en Santiago incluía varios a periodistas de sucesos y es lógico que policías, criminalistas y periodistas de sucesos integren la lista de escritores a los que ha interesado el tema del crimen, quizás por eso llame tanto la atención que los «intentos» en Venezuela no hayan sido más frecuentes y que en algunos escritores no haya sido su único tema.

Cangrejos

¿Por qué no había interesado hasta hoy a los y las venezolanas cultivar el género policial? Una hipótesis podría ser que es tradición entre nosotros que nunca se resuelvan los casos policiales complicados, especialmente los que involucran a personas de la llamada alta sociedad o de la máxima jerarquía militar o política. Más imposibles de resolver cuanto más medien corrupción o narcotráfico. Nuestras cárceles están llenas de presos agarrados *in fraganti* o que llegan heridos a los hospitales o a sus casas; muchas veces son ellos los que se entregan o son delatados por sus familiares o amigos que prefieren verlos vivos y presos a la orden de un *pran* que muerto por la banda enemiga.

En Venezuela los casos policiales más interesantes se convierten rápido en *cangrejos*, como se dice en el argot que ahora usamos todos. Esa podría ser la explicación de que nuestros escritores no le veían la gracia a crear un detective como debe ser, uno que siga la pista del asesino resbaladizo, elusivo, doble faz, hasta resolver el caso en la escena final y entregar al asesino a sus superiores, tal como hacía *Monk*, sonriendo antes de decir: «¡Capitán, ya lo tengo, sucedió así!»... Puede ser que nuestros escritores sintieran por nuestra conocida incapacidad policial el mismo desdén que sentimos los demás venezolanos y, por eso, no querían hablar de una eficiencia

que desconocemos por estos lares. Esta convicción de que la denuncia no funciona por la corrupción y la impunidad, que mejor es «dejar las cosas así», se repite en los finales de las novelas casi-policiales antes de la aparición de la colección *Vértigo*.

La pregunta sobre la razón del poco atractivo que el género policial ha tenido sobre nuestros escritores se me replanteó cuando --para tomar vacaciones de los ensayos filosóficos y psicoanalíticos que debo leer dosificadamente para intentar metabolizarlos— me hice adicta a dos de los autores más vendidos, e incluso premiados, en América Latina: el cubano Leonardo Padura (*Pasado Perfecto*, *Máscaras*, *Paisaje de otoño*, *Vientos de cuaresma*, *La neblina del ayer* y *Adiós Heminway*) y el chileno Roberto Ampuero (*Boleros en la Habana*, *Cita en el azul profundo*, *Halcones de la Noche*).

El detective privado Cayetano Brulé creado por Ampuero, chileno por decisión (nació en Cuba y los padres se lo llevaron a EEUU mucho antes de la revolución) y, más exactamente, chileno de Valparaíso; y el policía Mario Conde que se inventó Padura, un habanero que no puede ser más que de la única policía que ordena las investigaciones en Cuba desde el año 59, no tienen nada que envidiar a Sherlock Holmes y Watson (Conan Doyle), Hercules Poirot y Miss Marple (Christie), Smiley (Le Carré), Nick Charles (Hammett) y Montalbano (Camilleri), igual de queridos se nos hacen por ser insistentes con cada uno de los sospechosos: meticulosos con los detalles pero --al mismo tiempo— pesimistas en relación a la condición humana y a los resultados de sus hallazgos, sin dejar de ser como los hombres comunes y corrientes con los que trajinamos todos los días: amantes de la música y bailadores, fanáticos de los manjares de la cocina local, bebedores de caña, solitarios mujeriegos, llenos de enemigos y de amigos y de contactos a los que acuden muy pocas veces pues, más bien, resuelven los casos sin ayuda. Lo mismo podría decirse de Emilio Renzi, el policía de Piglia que no resuelve el asesinato de *Blanco Nocturno*, un poli entrañable por otras razones que no son las de Brulé y Conde, pues Renzi es un señor mayor, más bien sobrio y de pocas palabras, un argentino ya jubilado que sabe demasiado y por eso ya no espera ningún cambio en la mecánica nacional.

Víctimas, investigadoras o asesinas

La condición que la colección *Vértigo* de Ediciones B puso a los y las escritoras convocadas fue que en la historia la víctima, la persona que

investiga el crimen o la persona que lo ejecutó (o dos de ellas o las tres) fuera mujer. ¿Qué hicieron las cuatro autoras que inauguraron la colección junto con cinco hombres? ¿Qué, además de respetar la regla del juego propuesto por la editorial y la estructura básica de cualquier novela policial que se escriba? Me hice las mismas preguntas con la novela de Sonia Chocrón, publicada fuera de la colección pero en la misma editorial.

1. La detective Larotta

La novela *La segunda y sagrada familia* es de la dramaturga y reportera Inés Muñoz Aguirre y es, igual que para otros escritores convocados por la colección *Vértigo* de Ediciones B, su primera novela policial. La historia es la de una supuesta víctima de una falsa amenaza de muerte, por lo tanto, aquí tampoco hay asesinos convictos y confesos, igual que en las novelas de Suniaga y Torres arriba citadas. Pero lo que sí encontramos es a una detective que va hasta, como dicen los policías, «las últimas consecuencias» y el responsable de la falsa amenaza de muerte es sacado de su casa esposado. La detective y directora del Centro de Investigaciones Criminalística, CIC, es Carolina Larotta, que sabe mandar a sus «muchachos» que siempre dudan que pueda combinarse en una mujer inteligencia y belleza. Larotta tiene vida privada que incluye a un amante parecido al *Castle* de la detective Becket del canal AXN, un escritor de una novela policial aún sin terminar.

Inés Muñoz todo el tiempo hace eso que llaman «guiños al lector», pues el comando de campaña del líder de la oposición que ganará la presidencia según todas las encuestas, inclusive las encuestas del comando del partido de gobierno, se parece demasiado al comando *Tricolor* que llevó a Capriles hasta octubre de 2012. Pero ni el ficticio candidato de la oposición Emiro Castellanos ni el comando del partido de gobierno, ni las relaciones de CIC con ambos comandos se parece —ni de lejos— a los de la Venezuela polarizada en medio de la cual se escribió la novela a fines de 2012.

Lo que más me gustó fue la transmisión que hace la autora de la sensación permanente de inseguridad personal, jurídica e institucional, de todos los personajes pero, sobre todo, de la propia jefa del CIC, abogada y policía. Ella no espera más de cinco minutos a un colega, pues la calle está oscura por los recortes programados por Corpoelec; teme los pasos tras los suyos en un pasillo o en un estacionamiento, desconfía de los policías a su mando pero, también, de las dos mujeres del candidato; se muere del miedo cuando un carro la sigue y no llega rápido la ayuda a sus colegas. Es decir, la jefa máxima de los detectives del CIC de Caracas, tiene el

mismo miedo en el cuerpo que nos come a todos los caraqueños. Y es que sólo hay que ver en la prensa el número de escoltas y policías asesinados al mes por el hampa, para saber que el miedo de la jefa y el nuestro, son perfectamente justificados.

Tanto es el caos caraqueño causado por el miedo generalizado, el tráfico a cualquier hora, las lluvias, el irrespeto a las leyes, la falta y el abuso de autoridad, etc que en medio de la investigación de sucesivas amenazas de muerte a Cecilia Castellanos, ocurren muchos eventos que —como debe ser en un buen policial— complican la trama y añaden sospechosos, pero que **nada** tienen que ver con el hecho que se investiga. Hay un motorizado que le revienta un faro a la detective sólo porque no lo deja pasar; hay un caucho deliberadamente reventado al carro de la detective (de cuya autoría no se da explicación al final) en el propio estacionamiento del edificio de la CIC; hay un atropello de otro detective por un ciclista que viene en dirección contraria y a oscuras; hay arrollamiento y muerte de una joven que corría para no ser alcanzada por alguien que la sigue; hay una muerte de bala en un asalto por un Blackberry y hasta hay un secuestro del comando del candidato, pero sólo para llamar la atención del ministerio de salud, pues no hay diálisis en el hospital para la madre enferma del jefe de la operación chimba. Hay, además, un infarto y una contusión cerebral de dos familiares del candidato. Todo esto hace que el lector quede atrapado buscando conexiones con el hecho que se investiga y sospechando de alguien en cada nueva situación.

Me irritó el descuido del castellano en toda la novela. Me irrita más cuando pienso que cualquier buen corrector de estilo hubiera podido solucionar las cosas en pantalla. Para simular tener más poder que el que se tiene, no es necesario que en un mismo párrafo la autora diga que Arichuna (jefe de seguridad del candidato) caminaba «balanceando su poder» y, en seguida, en el mismo párrafo, que con la voz «buscaba demostrar su poder sobre el caso». No se balancea el poder sino la cabeza o los brazos; no es la voz sino el tono o la cadencia de la voz los que buscan que se crea que se tiene poder.

En casi todas las páginas distintos personajes «no pierden detalle» de lo que sucede en la escena. Pero lo que más hacen todos es «pasarse la mano por la cara» o por ojos o por la cabeza, un gesto que no me parece tan común, pero que aquí todos los personajes hacen constantemente. Las manos se restriegan a secas, no hay que agregar que lo hacen «una con

la otra». Y la gente sale o entra de un lugar según el ancho de las puertas o pasillos, no hay que decir cada vez que salen «una detrás de la otra». Y hablando del ancho de las puertas, el adjetivo amplio es usado *ad nauseam*: en un mismo párrafo se describen movimientos amplios, salas amplias, escaleras amplias.

Por suerte el maracucho E. Parra habla poco porque cada oración la dice entre marabino y argentino. En vez de decir: «Mijo, mirá, no te hagáis el loco que no te sale» lo que dice es: «Pobre hijo de Dios. Mirá, no te hagas (sic) el loco que no te queda». Otra cosa más: me gustó mucho el personaje Wilfrido ¿pero había que agregarle la gaguera, un rasgo que lo visibiliza más que pasarlo desapercibido?

Finalmente: la jefa del CIC Carolina Larotta tiene futuro en las próximas novelas policiales que escriba Inés Muñoz: tiene opiniones firmes sobre las mujeres, la sexualidad, el amor, el matrimonio, la independencia de los poderes públicos, ella manda sin parecer que lo hace y resuelve el caso al final, con preso y todo. Exagera un poco su confianza en la famosa y sin fundamento «intuición femenina», coincidiendo así con los que sostienen que las mujeres son «por naturaleza» menos racionales que los hombres, pero eso es algo que podría superar en el futuro, como muchas Larotta han hecho en la vida real. Me parece que ella podría codearse pronto con Cayetano Brulé y Mario Conde.

2. La víctima perfecta

Parece que ha sido pura coincidencia, pues entre las condiciones que la directora de la colección Vértigo de Ediciones B puso a los escritores convocados para escribir novelas policiales o negras, no estaba que debían suceder en la Caracas actual. Pero así ha sido en la mayoría de los casos, quizás por eso que acaban de recordar el cubano Leonardo Padura y el turco Petros Márkaris, en la *Semana Negra* de Gijón (2013): que el género negro es urbano. El supuesto crimen de *La víctima perfecta* también ocurre en el este de Caracas, así que la novela nos lleva por los cafés tipo Olé de Las Mercedes, las colas que no se mueven en la Francisco Fajardo (con o sin hora pico, ya da igual), la Plaza Altamira, las casetas de vigilancia de urbanizaciones en las que vigilantes duermen de noche o toman datos de los visitantes a discreción; muestra el pánico de todas las mujeres cuando los hijos no avisan por dónde andan y cuándo piensan llegar, el miedo al carro que ha estado detrás por varias cuadras (esas camionetas 4 x 4 negras

y con vidrios ahumados que pueden ser de los secuestradores *express*, de la policía mal ¿o bien? dateada o del asesino).

En *La víctima* nos encontramos con el entrañable personaje protagónico con el que identificamos a Mónica Montañez, dramaturga y escritora de telenovelas recientes de enorme éxito y a la que, por reflejo, siempre le pondremos la cara de Mimí Lazo, su actriz en *El aplauso va por dentro*, monólogo con el cual ambas han viajado por el mundo. Quica Serena es esa cuarentona divorciada, simpatiquísima, tomadora de uno o dos güisquis en las rocas al final del día, madre amantísima de dos hijos de dos fracasos matrimoniales, a los que cocina la cena con tanto esmero que usted puede copiarse su receta de filetes de pargo con ajoporro y quedará muy bien ese día. Tiene diez quilos de más para el canon aceptado en el país de las *misses* y por eso no come carbohidratos de noche para no engordar más y quedarse, definitivamente, fuera del mercado obsesionado por las mujeres muy jóvenes (los hombres cuarentones y más) y por verse cada vez más jóvenes a fuerza de bisturí, botox, pilates y dietas (las mujeres a partir de los 20). Quica es periodista de una revista corporativa de esas con buen diseño y mejor papel, grandes fotos y publicidad, que sólo leen los clientes de la corporación.

Por un error de envío del *mail* de una mujer que había entrevistado días antes, Quica se topa un domingo de tarde con la víctima perfecta. Algo no le cuadra en la escena y comienza a sospechar de la causa oficial de la muerte y, luego, a descubrir al asesino que, para variar, una vez descubierto se va del país en un vuelo comercial que sale de Maiquetía. De manera que siguiendo la brevísima historia venezolana en materia de policiales, en *La víctima* el asesino (sin arma, ni blanca ni de fuego) permanece como «presunto» y ni siquiera es denunciado a la policía (sólo rayado por tuitter y *Facebook* por la hija de la víctima), mucho menos capturado. Y no podría serlo porque la víctima ha sido cremada en el Cementerio del Este y el arma no convencional ha desaparecido con una pareja de indigentes piedreros y nómadas. Quica, presa del pánico en Caracas, tampoco había denunciado antes un secuestro *express* y no quiso que la hija pidiera ayuda a una patrulla de Polichacao a la que pasaron de lado, mientras las seguía la 4 x 4 negra. Sin embargo, semejante miedosa como es Quica, se atreve a decirle al asesino en su cara que está segura de que la pintora Dulce Jiménez fue asesinada y no se cayó, como dicen todos. ¿Algo más venezolano que esta combinación irresponsable de riesgo y miedo extremos? Y así nos va: menos denuncia, más impunidad, como dice la hija (porque

todavía tiene 20 y no tiene hijos que proteger de una venganza... diría Quica).

En su pesquisa Quica ratifica una convicción vieja de la autora Montañez y es que— como decía su papá — «no hay peor enemiga que la mejor amiga», pero —agrega Quica— tampoco hay nada mejor. De hecho, la máxima del padre de Quica está tan poco fundamentada como la de la intuición femenina de la detective Larotta. La historia universal está llena de asesinatos consumados por los mejores amigos de las víctimas y los mejores policías del mundo podrían ser calificados como «intuitivos», aunque lo que de verdad tienen es años de experiencia y buena memoria, especialmente visual, como *Columbo*, *Monk* y el Sherlock Holmes de la nueva serie *Elementary*.

Montañez escribe todos los días de los temas de la calle, de manera que nada está fuera de lugar en el uso del lenguaje, excepto el abuso del adjetivo «estupendo», que no sólo el personaje llamado Isabelita usa en demasía. En cuanto a Quica Serena, promete ser una especie de Jessica Fletcher (Angela Lansbury), la profesora de Inglés que al enviudar se convirtió en escritora de novelas policiales en la famosa serie de TV *Murder, she wrote* (*Reportera del crimen* en L.A.) que se transmitió entre 1984 y 1996. ¿No podría ser ese el futuro de Quica si la familia Añez hace que la despidan de la revista?

3. Pasión por Sor Juana

«Óyeme con los ojos» es un verso de Sor Juana Inés de la Cruz pero la novela policial de Valentina Saa Carbonell que lleva ese nombre le debe mucho más a Sor Juana, pues no sólo cada parte (con 3 textos numerados) lleva un epígrafe de Sor Juana o de Octavio Paz en su libro *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* sino que sus versos son citados reiteradamente por la sospechosa.

No es posible leer esta novela sin remitirse a la novela de Margo Glantz, la escritora mexicana que participa tanto de la academia como de la mejor literatura. Glantz ha escrito mucho sobre Sor Juana y también es autora de la sorprendente novela *Apariciones* (1996) en la que dos mujeres, una novicia y una esposa convencional, gozan sexualmente de manera pasmosamente similar, imaginando diálogos con sus respectivos «consortes», mientras una se flagela frente a una imagen de Cristo y otra se pone «en cuatro patas». Las historias de estas dos mujeres nunca se encuentran y no tienen más punto en común que el goce.

En *Óyeme con los ojos* también encontramos a dos mujeres, una nacida en Colombia y criada en un burdel de Caracas de cierto nivel (la madama tiene un Mercedes Benz, chofer y personal de servicio uniformado con cofias) que tiene una particularidad: las chicas del *show* son travestis con los que muchos de los asiduos se refocilan en pequeñas habitaciones en las cuales Diana adquiere desde los 12 años, siempre escondida de su madre/madama, su educación sexual intensiva y su preferencia: darse placer a sí misma. La otra mujer, Ariadna, padece amnesia severa y está en manos de una psiquiatra que intenta saber si, en realidad, es la responsable de unos crímenes (como dice la fiscal Varela) o es inocente. Una monja jovencísima, Ángela, la acompaña en el centro psiquiátrico a solicitud de la misma Ariadna que, se va viendo, no es tan amnésica, sólo ha olvidado algunas cosas. Una de las cosas que no ha olvidado es su pasión por los versos de Sor Juana que obliga leer en voz alta a la monja acompañante mientras ella se masturba, turbando así a la monjita que, poco a poco, va descubriendo que las palabras excitan al cuerpo tanto como el tacto, la vista, el olfato y el oído, algo que Ariadna no ha olvidado y se encarga de transmitir a la monja. Las historias de las dos mujeres sí se tocan en las últimas páginas.

Hubo un crimen masivo por venganza, hubo responsables que, al caer tenían una foto de una de las asesinadas y así la policía presume a una culpable. ¿Cómo cumplió Saa con las condiciones de la colección *Vértigo*? Podría decirse que en la matanza hubo al menos dos mujeres pero, además, quien descubre la verdad de lo sucedido es una mujer con una profesión parecida a la del detective, sólo que se toma el tiempo que cada paciente necesita y no lo entrega a la policía. La psiquiatra, sin embargo, es el personaje menos logrado de todos, pues mantiene silencio o es parca con la fiscal, pero pierde los estribos en una oportunidad con su paciente; nunca explica su técnica para que la amnesia de Ariadna vaya cediendo; y, lo más grave, no hace las preguntas necesarias para que Ariadna explique lo sucedido entre el momento de la matanza y su reclusión junto con la monja en el centro de salud mental. Por otra parte ¿Quién las internó ya que no entró voluntariamente y cómo el convento aceptó que una de sus monjas fuera seleccionada como acompañante por la sospechosa de una matanza? ¿Cómo fue que la niña regordeta entró al convento, cuánto tiempo estuvo ahí? ¿Y Ariadna a qué se dedicó mientras estuvo escondida diez años? Como todos los lectores de policiales sabemos, gran parte del encanto del género negro es la profusión de detalles que hacen suponer al lector diversos culpables hasta que el narrador descubre al asesino, al presunto asesino (como en el caso de la historia de Montañez) o al autor de la falsa amenaza

de muerte (como en el caso de la historia de Inés Muñoz). Detalles, se requieren detalles que no se pueden despachar en un párrafo o dejar sin despachar. Tampoco se tomó tiempo la autora para hacer revisión final de estilo de la novela: no encontré los errores ortográficos en los versos de Sor Juana que anuncia al comienzo y creo que más bien se trata de la manera en que se hablaba y escribía español en el siglo XVII. Pero en la novela sí hay problemas de construcción de algunas oraciones: tiempos verbales, pronombres personales y preposiciones equivocados que hacen incomprensible el sentido de algunos párrafos.

Pero hay un filón prometedor en esta novela de Saa, que es el del policial que se desarrolla en medio de una historia en la que se entremezclen diversas escenas de sexo explícito y de erotismo sin topes. Con la excepción de Gisela Kozak, ninguna escritora venezolana había llegado a donde ha llegado Saa en *Óyeme con los ojos*, una temática en la que Saa ya tiene trayectoria pues en la nota biográfica que la colección ubica al final de cada novela, vemos que fue en 2003 primera finalista del concurso «Letra Erecta Alfadil» con una novela cuyo título reenvía a esta novela que comentamos: *Mi mano fue su intimidad*.

4. Del pedestal en que la tenía

Precisamente, lo que mejor hace María Isolieta Iglesias es exponer los más mínimos detalles de la historia que narra, *Me tiraste la hembra pa'l piso*, haciendo coincidir días, horas y minutos de las agendas de secuestradores, policías (encabezados por la comisaria Claudia Falcón) y el negociador contratado por el padre de la víctima (el ex comisario José Hernández); así como llevarnos por toda Caracas desde el lugar del secuestro hasta el sitio de entrega del rescate, indicando nombres de autopistas, túneles, plazas, urbanizaciones, avenidas y calles que hacen esquinas; ratificando en ésta, su primera novela, que los reporteros de sucesos como ella (*El Universal*), así como los abogados y policías que han trabajado o trabajan en el área criminalística, son los mejores autores o asesores de autores de policiales, con la condición de que tengan dominio del lenguaje y el talento para la construcción sólida de muchos personajes, protagónicos y no, que lleven de la nariz al lector hasta que concluya la lectura.

Iglesias, quien fue duramente criticada por sus colegas cuando publicó el perfil del asesino del periodista Javier García y, mucho después, fue amenazada por develar la situación penitenciaria del país (asunto que la obligó a ir a la Fiscalía, apoyada por el *Colegio Nacional de Periodistas*), no sólo conoce

los procedimientos que deben realizarse en caso de un secuestro, sino que sabe y logra transmitir en su escritura, sin pifiar, la jerga de los miembros de las bandas de secuestradores y también la de la gente glamorosa del este de Caracas. Cuando se concluye el capítulo uno, el lector ya sabe quién es quién y cómo hablan, dónde viven, qué comen, dónde estudian o trabajan más de una docena de personajes de diversa manera involucrados en el secuestro de Miss Sucre, la favorita del Miss Venezuela.

Hay tres puntos en esta novela, ausentes de las comentadas antes, que enganchan aún más al lector: primero, hay una historia de amor que surge de un flechazo, como en las novelas rosa de siempre; segundo, por esta historia de amor uno de los bandidos se arrepiente del camino tomado; tercero, la historia de amor concluye en tragedia. Igual que en cualquier novela policial que se respete, el autor intelectual es el más inesperado.

Imperdonable: que la directora de la colección haya accedido a esa lista de agradecimientos antes de la primera página de la novela. Las vidas privadas que exponen sin pudor los estudiantes de pregrado valen (pero igual fastidian) en tanto es un esfuerzo único que no pasa de los cinco ejemplares solicitados por las universidades, pero que debe eliminarse en los libros que van al mercado; diría que esta exigencia es mayor para los autores de policiales, que deben parecer cercanos al que descubre a los victimarios, pasar ante sus lectores como si estuvieran siempre cerca de la policía, como lo están en esta novela los personajes Yasmin Velasco (reportera de *Telegen* y *Unión Radio*) y Cecilia Falcón (comisaria del CICP), que comparten hasta el gimnasio. Cuando más, el lector acepta el escueto «Para Lilian» de las novelas de Dashiell Hammett, pero nunca esta lista que va desde el Dios que la guía hasta la chiquita recién nacida, pasando por la nana y los compañeros del periódico, una lista que cada vez que la recuerdas te distrae la atención, que sólo debe centrarse en la maravillosa historia del secuestro de la antimiss Sucre.

5. Sábanas negras

De las cinco novelas policiales escritas por mujeres que aquí comentamos, dos tienen como marco el concurso de Miss Venezuela, aunque en *Sábanas negras*, de Sonia Chocrón, el concurso anual se llama *Señorita Belleza Venezuela*.

Un fotógrafo desempleado y la secretaria del jefe de producción del canal de TV y responsable del show que debe concluir en el Poliedro, son los improvisados detectives que llegan a la verdad detrás del asesinato

de la miss saliente en un hotel de cinco estrellas. Así que hay un crimen y un asesino pero ningún detenido y la verdad escondida detrás de la falsa historia de la sobredosis de la miss nunca llega a la prensa. Como la historia ocurre en Venezuela, el jefe de prensa del asesino, el fotógrafo que descubrió al asesino y un periodista de la fuente cultural amigo de ambos, terminan al final de la novela tomando cervezas en el mismo botiquín de la Av. FFAA donde se ven cada noche (lluviosa, es junio) desde el comienzo. Todo muy conocido y muy venezolano y, en mi opinión, así debió concluir, pero no fue así y el fotógrafo Francisco J. Rondón, apenas cuatro meses después del crimen, firma con su propio nombre y dedica a la secretaria Nina Medina, una novela que devela toda la verdad cambiando, ahora sí, los nombres. Pero no hay muchos concursos miss Venezuela en Venezuela y detectar tras los nombres cambiados a los empresarios involucrados en una red de prostitución de la que se benefician los hombres del poder político, sería demasiado fácil y razón para liquidar (como han intentado en los capítulos anteriores) a fotógrafo y secretaria. Una ingenuidad así después de tanta sagacidad sólo podía concluir estallando el carro con los dos adentro, en el estacionamiento de Venevisión.

El formato en que se editó *Sábanas negras* incluye una magnífica foto en la cubierta, pero el diseño interior no es bueno, comenzando por el molesto hecho de que de repente las letras cambian de tamaño y los márgenes no guardan proporción, como si el texto final hubiera sido revisado y luego enviado a la imprenta sin ajustes. La falta de revisión final, preferiblemente por alguien distinto a la autora, también se manifiesta en el descuido del lenguaje. Encontramos el mismo adjetivo incorrectamente usado en un montón de objetos y personas. Son «mustios» los cadáveres de los padres de la secretaria; es «mustia» la plancha de hierro del quirófano de Colinas de Bello Monte; son «mustios» un murito, un edificio, la misma ciudad, incluso es «mustio» el lugar donde se encuentra la lavandería del hotel donde fue asesinada la miss. Por otra parte, es un pleonasma decir que la miss «yacía muerta, sin pulso» (encima la redundancia se cita en el reverso de la cubierta) o que dos hampones quedaron «petrificados, inertes». Y un fotógrafo no se «remonta» con una en un ascensor ni una se «remonta» al mirador de la Universidad Santa María. El peor error está cuando se describe al jefe de la red: si lleva un traje azul hecho a la medida no puede llevar, al mismo tiempo, un *blazer* en el que destacan dos botones de oro, pues un *blazer* es una pieza para combinar. No es necesario añadir más ejemplos, sólo reivindico de nuevo la importancia del revisor de estilo que necesitaron también los originales de Inés Muñoz y de Valentina Saa.

Por último

A los venezolanos nos encanta decir que «aquí nunca pasa nada» o que lo que pasa «se veía venir, estaba cantado». Pero no es así; ni el caracazo de 1988 ni el deslave de 1998 se veían venir el día anterior. Tampoco se veía venir que en menos de un año, con una sobreoferta de ensayos y entrevistas sobre política y políticos actuales, hayan publicado, por lo menos, cinco mujeres novelistas policiales (todas editadas por Ediciones B). Esta producción también nos impide volver a decir que sólo Gisela Kozak se ha atrevido a escribir largas escenas eróticas, pues no sólo —como dije antes— Saa ha llegado tan lejos como Kozak sino que a Montañez le debemos ese sueño en el que los hombres se van turnando en su cama, hasta llegar al último ex; y a Iglesias la vamos a recordar por esa escena de sexo explícito, salvaje y consentido, sobre un escritorio del CICP en Parque Carabobo.

Volviendo a la pregunta que durante un año nos hacíamos en *Mujeres, literatura, artes y otros lenguajes* en la Maestría de Estudios de la Mujer (UCV), me parece que las novelas policiales —igual que las novelas rosa, de vampiros, de extraterrestres, de seres fantásticos y otros géneros escriturales— tienen que seguir una pauta o corren el riesgo de no ser identificadas por sus consumidores, por lo tanto y en principio, podríamos calificarlas como una literatura sin pretensiones de trascender a la historia de la literatura universal. Sin embargo, está claro que muchos autores han pasado a la historia de la literatura universal escribiendo policiales, por ejemplo, ¿cuántas obras de Umberto Eco han llegado más lejos que esa maravillosa novela policial llamada *El nombre de la rosa*? Y las más populares de las tragedias griegas y shakespearianas ¿no se refieren a un crimen cuya causa nos confronta con la condición humana del criminal y su víctima? ¿No podría decirse que esta es la intención de todos los policiales? Más cerca: ¿Quién se atreve a decir que Arthur Conan Doyle no es un enorme escritor o que Alfred Hitchcock no es el más grande artista del cine negro? Creo que las novelistas policiales venezolanas que he comentado, con todo lo muy bienvenidas que son hoy 2013, no serán consideradas a fin de este siglo XXI como novelistas imprescindibles, pero no por la elección del género, sino por lo que en 1922 nos precisaba Middleton Murry: para que una obra de arte resista el paso del tiempo será necesario no sólo que este correctamente escrita o hecha sino singularmente escrita o hecha, es decir, que su *estilo* nos permita asegurar que se trata de un autor y no de otro, acotando esta definición de estilo: «consiste en añadir a un pensamiento dado todas las circunstancias calculadas para producir todo el efecto que este pensamiento debería producir» (John Middleton Murry, 1922/1971:10).

Referencias bibliográficas

- Andresco, V. (2013). «El género negro es necesariamente urbano y sin él no se entienden las ciudades». Entrevista a Padura y Márkaris. Madrid, diario *El País*, 5-7-13. Disponible en www.prodavinci.com/2013/07/08/art (consultada el 11-7-2013)
- Chocrón, S. (2013). *Sábanas negras*. Caracas, Ediciones B.
- Glantz, M. (1996/2002). *Apariciones*. 2ª ed. Alfaguara/ Universidad del Claustro de Sor Juana.
- Iglesias, M. (2012). *Me tiraste la hembra pa' l piso*. Caracas, Ediciones B (Col. Vértigo)
- Middleton, J. (1922/1971) *El estilo literario*. México, FCE (Col. Breviarios)
- Montañez, M. (2013). *La víctima perfecta*. Caracas, Ediciones B (Col. Vértigo)
- Muñoz, I. (2012). *La segunda y sagrada familia*. Caracas, Ediciones B (Col. Vértigo)
- Saa Carbonell, V. (2013). *Óyeme con los ojos*. Caracas, Ediciones B (Col. Vértigo)

